



THE PLANETARY SYSTEM

Ideas, Fórmulas y Formas para las Nuevas Cultura y Civilización

EXPANDIR LA CONCIENCIA

Enzio Savoini; septiembre del 2002

EXPANDIR LA CONCIENCIA

S I N O P S I S

Introducción 3

1. La Naturaleza de la Conciencia 4

2. La Conciencia planetaria y la Conciencia personal 6

3. La Conciencia solar y la Conciencia egóica 8

4. Sonidos y Propósitos 10

5. La Conciencia, el Uno y el Infinito 11

6. ¿Cómo expandir la conciencia? 12

7. Acerca de la Mónada 15

EXPANDIR LA CONCIENCIA

INTRODUCCIÓN

En los textos de sus Enseñanzas, el Maestro Tibetano con frecuencia exhorta a *expandir* o *ampliar* la conciencia. El estudiante que lee esas páginas cree que comprende el significado de esos consejos; lo entiende como una mejora, una purificación o un esclarecimiento de la conciencia, con el consiguiente aumento de su luz.

El Maestro no especifica el significado de sus expresiones, pero raramente utiliza otros términos; de modo que la *expansión* parece ser el real resultado del trabajo en sí mismo que lleva a cabo el alumno, cuya conciencia mejora cuanto más se expande.

La psicología moderna no parece interesarse por este concepto, que con frecuencia no figura en su terminología; y se acaba pensando que dicha expansión es simplemente un símbolo para indicar un aumento de luz o de pureza.

Ya estas primeras reflexiones muestran lo poco que se sabe hoy en día sobre la conciencia. Se habla mucho de esto, se recurre cada vez más a la experiencia y a los consejos del psicólogo, se intenta dar un aspecto científico a la disciplina; pero, de hecho, la ignorancia sobre el tema sigue siendo grande.

Definir o describir la conciencia es una cuestión difícil para muchos expertos reputados, que prefieren hablar de ella como algo conocido por todos, algo trivial, cuya naturaleza, consecuentemente, es ocioso discutir. Poco a poco se va formando un banco de niebla en torno al concepto principal, hasta el punto de que llega a tratar el mismo tema con propósitos opuestos.

Para ilustrar esto, es necesario mencionar lo que se denomina —a la ligera, pero comúnmente— la «opinión pública»; un tema frecuente del que, sin embargo, nadie puede decir nada con precisión y que, en definitiva, no se sabe cómo definirla. Algo parecido ocurre con la conciencia; se habla de ella sin saber realmente lo que es.

Por lo tanto, para comprender lo que significa realmente «expandir la conciencia», es menester verificar lo que uno cree saber al respecto, partiendo de las bases establecidas —para Occidente— por el Maestro Tibetano. Intentaremos hacerlo a continuación, sin referirnos a los textos, confiando en la capacidad mental propia y ajena.

1. LA NATURALEZA DE LA CONCIENCIA

Destinada a *expandirse*, la conciencia debe poseer una naturaleza espacial; **este es un punto decisivo**. Esto sorprende al que no está preparado; y a muchos estudiantes les cuesta reconocer que son hijos del Espacio porque no hallan nada parecido en sí mismos.

La fuerza del *yo* menor se centra en la persona, que, por naturaleza, se opone a toda expansión, hasta el punto de concebir el Espacio como algo separador y aislante. La conciencia, que se nutre de amplitud y libertad, permanece así encadenada en un entorno restringido y asfixiante.

El Maestro Tibetano alude a la naturaleza espacial de la conciencia, que la psicología moderna no reconoce. Para la conciencia, expandirse es natural, así como el respirar lo es para el organismo humano. Aceptar este punto de vista nos obliga a eliminar muchas opiniones actuales acerca de la conciencia, que son bastante vagas y confusas. Se presupone que esto proviene del prejuicio de que el mundo psíquico es impreciso, escurridizo y fluctuante, en definitiva, que es carente de rigor y, sobre todo, no calculable.

La realidad es muy diferente. Pensemos en el mundo físico, cierto y medible para la ciencia, en el que las cualidades están presentes pero no pueden ser computadas, y en el que las medidas de cantidad son solo aproximadas. Por el contrario, el mundo sutil es perfectamente riguroso: *es el verdadero mundo del [Número](#)¹ y de sus geometrías*.

*

Al reconocer que la conciencia posee una naturaleza espacial, esto abre ciertos caminos para comprenderla mejor:

- 1) La conciencia, así como la Luz, surge de la correlación entre el *centro* y el *campo*, que son entes espaciales. Por lo tanto, es luminosa; varía en intensidad y color.
- 2) Su luz es tanto más intensa y potente, cuanto más expandida está. Muchos elementos físicos pierden fuerza cuando se expanden y se dispersan en el espacio; en cambio, la conciencia crece. Esto sugiere que las estrellas que aparecen más luminosas en el firmamento lo son no solo por su tamaño y proximidad u otras razones físicas, sino por la amplitud de la conciencia que las anima.
- 3) Comprendida de este modo, la magnitud de la conciencia mide su intensidad, es decir, la correlación Vida/Espacio o Espíritu/Sustancia. Su destino es el Infinito.
- 4) Esta expansión no debe interpretarse en términos de cantidad. Más bien, es el crecimiento continuo de la irradiación, la conquista progresiva del Espacio, el amor cada vez mayor por el campo de su dominio.

*

¹ Consultar el documento [Del Número](#).

Con base en lo que se ha escrito hasta ahora, afirmamos que la conciencia consiste en un valor radiante; esto lo confirma su precipitación desde el centro hacia la periferia —y esto es precisamente lo que se entiende por expansión—. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el Espacio es continuo, es decir, oscilante, y que la conciencia, la Luz de la creación, tiene una naturaleza dual.

Esto lleva a concluir que *la conciencia se expande como una energía radiante, pero, al mismo tiempo, se contrae como una energía oscilante.*

Frases como esta son inaceptables para el intelecto —y sin embargo son verdaderas—. Por ejemplo, el Sol, visto como un símbolo cósmico de la conciencia, *envía rayos y recibe ondas; y estas, al llegar al centro, se transforman en rayos y vuelven a abrir el ciclo; así, la energía solar global permanece en equilibrio.* Si no fuera así, esa Luz se extinguiría, como enseña la astrofísica, y crecería continuamente la entropía, o sea, las cenizas del Sistema. Ya se ha demostrado en otra parte que esta teoría abrumadora es ciertamente falsa. La naturaleza dual de la Luz² lo desmiente.

Se invita al lector a reflexionar sobre este tema, debidamente presentado aquí como una hipótesis:

Los rayos luminosos (o de la conciencia) se transforman en ondas cuando alcanzan el límite de su campo, que depende de la intensidad de la fuente, y las ondas se transforman en rayos cuando alcanzan el Uno, el centro.

Es el respiro cósmico de la Luz y la conciencia, es el eterno intercambio entre la Vida y el Espacio. Cada hombre y cada Sol construyen su propio Sistema, en el que operan, viven y respiran, entre rayos y ondas. *Por consiguiente, la conciencia tanto se expande como se contrae.*

Las ondas físicas, provocadas por una piedra que se deja caer en el agua, son centrífugas, van del centro a la periferia, y lo mismo debe decirse de las ondas electromagnéticas y sonoras. Por simetría, en el mundo sutil, el movimiento ondulatorio es, en cambio, centrípeto, va de la periferia al centro; y hay que tener en cuenta que la conciencia está regida por energías y leyes sutiles.

*

Parece que la exposición anterior contrasta con las Enseñanzas del Maestro Tibetano, que, como se ha mencionado, alude a la expansión de la conciencia. Esto hay que verlo con claridad.

La cuestión del discípulo es expandir la conciencia; y para ello debe necesariamente desviarla del centro personal y lanzarla *lejos de sí*. Muchos ejercicios de meditación, recomendados a los estudiantes, son, sin embargo, centrípetos, ya que dirigen la energía hacia el centro, que es definitivamente el *yo* menor, que retiene y ata. Y de esta manera fomentamos exactamente lo que queremos erradicar.

² Consultar los documentos [La Teoría de la Luz: Primera parte](#) y [Segunda parte](#).

El Yo superior —el Ángel solar— es, por naturaleza, radiante; y dialoga con el límite de su Campo, así como el Sol lo hace con su Sistema, que está encerrado en ese Zodíaco que no tiene una sede definida y que, sin embargo, posee propiedades cualificadas.

2. LA CONCIENCIA PLANETARIA Y LA CONCIENCIA PERSONAL

Así como el Ángel solar extrae del Sol conciencia, el yo menor lo hace del planeta, que a su vez vive de Sol. Esta correlación establece una jerarquía entre las conciencias, que no acaba en el Sistema Solar, sino que lo traspasa y avanza hacia los Entes cósmicos superiores —pensamientos como estos atestiguan y fomentan la expansión de la conciencia.

Lo que se acaba de escribir sobre el respiro de Luz que se produce entre el Sol y el Zodíaco se repite, en menor escala, en el nivel planetario. En cualquier región del planeta, cuando el Sol toca el horizonte, al amanecer y al atardecer, la conciencia planetaria (del lugar) es rica en ondas y pobre en rayos. Entonces, esa esfera de Luz, al entrar en contacto con la circunferencia, es decir, el límite planetario, genera ondas que se dirigen al centro menor, al sujeto humano, y lo carga de amor magnético en potencia.

Cuando asciende al cielo y pasa por el meridiano, la Luz —que es la conciencia planetaria, rica en rayos y pobre en ondas— estimula la inteligencia del yo menor.

Consecuentemente, la conciencia personal posee un ciclo, diurno y anual, en el que se alterna el predominio de los rayos y de las ondas. El hombre observador se da cuenta de que la conciencia adquiere diferentes cualidades según las fases del día y del año. Si se adaptara a ese ritmo, en lugar de descuidarlo por razones contingentes, como hace todo el mundo, se beneficiaría de esto y comprendería que la conciencia y la Luz son una misma cosa, y establecería su propia existencia de otra manera.

*

Este párrafo introduce una nueva hipótesis que permite estudiar la conciencia de otra manera, y que rompe el esquema utilizado normalmente por los psicólogos de hoy, que parecen querer quedarse en lo vago e incierto.

Verdaderamente, es un pensamiento nuevo el hecho de que el planeta extrae del Sol conciencia. Esta afirmación parece precipitada e indemostrable. Por lo visto nadie ha pasado más allá de este punto. Sin embargo, es innegable que toda la vida planetaria depende de esa estrella, y la conciencia es ciertamente una parte integral de la vida. Hay que añadir que el tipo, el ciclo, la potencia de esa energía (la conciencia) no dependen del Sol —que siguen siendo lo que son—, sino de los parámetros distintivos del planeta.

De ello se deduce que el conjunto de estos parámetros revelan y especifican la cualidad y el nivel de la conciencia. Pero es variable; a su vez, depende de la conciencia del planeta, que, al expandirse, la modifica. Según esta hipótesis, los parámetros que definen a un planeta describen su estado actual de conciencia, al igual que los rasgos

somáticos de un hombre revelan en cierto modo su carácter —y este, al cambiar, altera esos rasgos—. Esta similitud pone de manifiesto la afinidad entre el hombre y el planeta y, por consiguiente, la existencia de una correlación entre sus conciencias.

*

Este concepto que ha sido expuesto ahora puede generalizarse, y así sustituir la conciencia de la humanidad por la del individuo. Está claro, pues, que la sociedad humana en su conjunto tiene conciencia planetaria, que fue alcanzada en la época del descubrimiento del continente de América; pero aún está muy lejos de lograr la conciencia solar, de la que, sin embargo, ya se aprecian algunos síntomas, por ejemplo, el interés por el Universo, por los vuelos espaciales.

Dado que *la finalidad primordial de la forma es la evolución de la conciencia*, se comprende el poder sintético de tal concepción, que permite evaluar con buena precisión en qué punto se halla el trabajo constructivo del planeta, en lo que respecta al género humano.

La niebla que parece envolver las actividades del Gobierno real, que parece indiferente a los asuntos humanos, también se está disipando; ciertamente, este está empeñado, no en evitar las guerras y las masacres, que son los resultados de los errores históricos, sino en fomentar la expansión de la conciencia, tanto humana como planetaria. Los acontecimientos sociales son transitorios, por muy trágicos que sean; sin embargo, la expansión de la conciencia es un bien perenne.

*

Otro pensamiento innovador, que hemos mencionado, es la naturaleza dual de la conciencia personal, que —puesto que es Luz— está cíclicamente condicionada por los *rayos* y las *ondas*. Jamás se ha oído palabra sobre este tema, ya que el hombre en la actualidad aún no sabe distinguir en sí mismo unos de otros, lo que dice mucho sobre el estado real de su saber.

Es cierto que al hombre atento no se le escapan las sutiles variaciones interiores que provoca ese ciclo, pero esos hombres son raros, y además están condicionados por el entorno, el trabajo, las vicisitudes personales, hasta el punto de que no se sienten cómodos observándose a sí mismos. Sin embargo, las horas de la mañana son dulcemente amorosas, huelen a novedad y son frescas, a pesar de la repetición de los actos, de los hábitos, de los deberes. Muy diferente son las cualidades del mediodía, cuando los acontecimientos ya se han estabilizado; y aún más diferentes las del atardecer, que traen la sabiduría, y las de la noche.

Estas variaciones son experimentadas por todos; pero el simple ciclo diurno no es la causa de estas, como suele pensarse, sino lo que de él deriva, a saber, el tránsito rítmico de la conciencia por entre las ondas y los rayos. Es la misma historia que se desarrolla en el ciclo total de la existencia física, durante la cual la juventud y la vejez son ricas en ondas, y la madurez en rayos.

3. LA CONCIENCIA SOLAR Y LA CONCIENCIA EGÓICA

La conciencia personal (o planetaria) es relativamente fácil de tratar, porque se tiene de ella una experiencia común, diaria y directa; otra cosa es el estudio de la conciencia solar y de la egóica, que en gran parte solo se conocen de forma mediata y teórica.

La transición al nivel superior es causada por la expansión, y no por la extinción de la conciencia menor. Se trata de centrarla en el Sol, en lugar de mantenerla en el ámbito del planeta, que sigue su propio camino, pero visto y conocido desde lo alto.

Esta comparación aclara la gran diferencia entre la *frecuencia* personal y la egóica. Con este término pretendemos indicar el ritmo con el que se producen las mutaciones: la frecuencia personal se eleva y los renacimientos físicos se repiten; la frecuencia egóica es lenta y conlleva fases prolongadas. También comprendemos el significado de «expansión», que ilustra las diferentes vastedades del ámbito planetario o del solar. Ambos son ilimitados, debido a la ley infinita del Espacio, pero la «potencia desarrollada» es muy diferente.

La misma proporción une el Sol al planeta y la conciencia egóica a la personal. Todas estas reflexiones revelan que para pasar de esta a aquella, no es efectivo recurrir a la concentración —como suele recomendarse—, sino, por el contrario, a la *descentralización*. El primer método exalta la conciencia personal, que no es mala, si es que ya está purificada; el segundo expande y trasciende los límites del *yo* menor, y la conciencia se vuelve más «capaz» de tanto en tanto.

Para aclarar el concepto, dicho de otro modo, en lugar de cerrarse, es mejor abrirse, dejando que el corazón se expanda hasta el horizonte, y más allá. Pero el Lector debe tener en cuenta que *esto es solo un consejo ofrecido por un alumno*, y no la enseñanza de un Maestro.

*

Los ciclos planetarios son evidentes: los días y los años se perciben sin dificultad, pero la situación solar es diferente; y comprenderla es uno de los pasos que se ha de dar a fin de expandir la conciencia.

De otro estudio³ hemos obtenido el concepto de *Día solar* que, de confirmarse, tendría la duración de 840 años terrestres. Colegido de consideraciones armónicas (y de la obra de Kepler), es un dato que mide la correlación entre las magnitudes del *Yo* mayor y el *yo* menor. Esta es una simple conjetura. Sin embargo, hay que decir que cuando se marcha por regiones inexploradas o casi desconocidas, incluso las conjeturas son útiles, siempre que sean tratadas con precaución.

En este caso, es decir, si el dato es fidedigno, cada 840 años, en el conjunto solar se produce un ciclo completo de transformación recíproca y alternante entre los rayos y las ondas; lo mismo se puede decir del ciclo diurno planetario.

³ Consultar el documento [Del Tiempo lineal al Tiempo cíclico](#).

Sobre la base de estas reflexiones surge otra hipótesis: *la transformación entre los rayos y las ondas es la causa del ciclo*. A esta hay que añadirle su reverso: *el ciclo es la verdadera causa de la transformación de los rayos en ondas, y viceversa*.

Estos no son conceptos insignificantes. El ciclo se considera siempre un acontecimiento natural, debido a la regularidad de los movimientos de rotación y de traslación de los planetas. Esta es la opinión común, apoyada por la observación astronómica de los fenómenos celestes. La nueva interpretación aparece de forma inesperada, que no está basada en «hechos», sino en una serie de hipótesis razonables.

En realidad, es totalmente *razonable* que exista un intercambio de energía entre los rayos y las ondas lumínicas. Que esto aún no sea reconocido por la ciencia no es una razón válida para negarlo. Es *razonable* que ese intercambio sea cíclico; y es evidente que cada ciclo procese y transforme energía.

Es razonable que ese intercambio sea cíclico; y es evidente que cada ciclo procese y transforme la energía. Por consiguiente, a la luz de estas aserciones, afirmamos que:

- a) El día es un ciclo causado por la rotación axial del planeta, expuesto a la Luz solar.
- b) Se denomina ciclo la transformación total y recíproca de rayos y ondas.

El intelecto elegiría la primera, y la más obvia, de estas frases; sin embargo, la mente del corazón acepta ambas como manifestaciones de la misma ley; ella no se deja engañar por la evidencia y no teme la profundidad de los conceptos, por insólitos que sean.

*

La nueva concepción del ciclo sugiere una expansión de la conciencia; en definitiva, puede interpretarse como una señal o un síntoma de una mayor apertura. En efecto, está claro que plantear la rotación axial del planeta como siendo la causa del ciclo es típico de la conciencia personal, aquí equiparada a la planetaria. En cambio, la conciencia solar y la egóica aceptan sin dificultad el concepto de transformación global entre la energía radial y la oscilante, sin negar la causa más concreta.

*

Desde la antigüedad, en el Oriente siempre se ha enseñado la existencia de un puente sutil, llamado "*Antahkarana*", que conecta el borde de la conciencia menor con el de la conciencia mayor. Este término ahora también es conocido por una minoría, incluso en Occidente, aunque solo de manera teórica. Sin embargo, se sabe lo suficiente como para aplicarlo también a ese otro vínculo imperceptible y elástico que une al planeta con el Sol. Los dos conceptos son paralelos y ambos aluden a la expansión lograda por la *descentralización*.

El puente es un símbolo espacial, tanto porque salva un abismo como porque conecta dos lugares, e indica que en el Espacio y en la conciencia las separaciones son solo aparentes. Además, el puente sugiere que la conciencia menor, para cruzarlo, debe expandirse o descentrarse, pero sin anularse. Lo mayor abarca e incluye lo menor, pero no lo aniquila.

*

Estos razonamientos insisten en la naturaleza espacial y oscilante de la conciencia, que suele ser poco comprendida; con razón, se la equipara con la Luz, pero uno se olvida que esta tiene la función de iluminar el Espacio. Para hacerlo, debe encenderse, es decir, concentrarse y, al mismo tiempo, irradiar, o sea, dispersarse. De este modo, repite los dos movimientos sublimes de su génesis, a saber: transforma los rayos en ondas y estas en rayos, y establece el Ciclo de los ciclos.

Por lo tanto, la conciencia personal siempre está centrada; la solar se expande hacia el Infinito. La primera prelude la segunda; la energía de la conciencia oscilante alcanza el centro y enciende el *yo* personal, que intensifica su luz; y al irradiarla, devuelve al Espacio la energía recibida. La primera fase puede llamarse egoísta, la segunda egóica.

4. SONIDOS Y PROPÓSITOS

Hasta ahora nos hemos ocupado de la admirable y eterna transformación alternada de los rayos y las ondas. Hemos afirmado que este movimiento genera los ciclos, con todas sus consecuencias, y asegura el equilibrio energético del Cosmos, que se repone de vida cambiando periódicamente la naturaleza de la energía.

Este proceso puede llamarse *transfiguración*, ya que no concierne específicamente a las *formas*, sino a las *figuras*, es decir, a las *Fórmulas*.

Esto lo hemos logrado cuando hemos centrado la atención en el *Número*⁴, lo que ha dado un nuevo impulso a la investigación mental. Se ha ido haciendo consistente y aceptable la hipótesis de que el Número —el Señor de lo continuo y de lo discreto, es decir, el que *emite rayos e impulsa ondas*— sea el Agente de esa transfiguración. En efecto, el Número es sonido, que partiendo de una fuente radiante, se propaga y se manifiesta a través de ondas. La aritmética y la geometría están una en relación a la otra como como los rayos a las ondas.

*

Ahora conviene cotejar esta concepción con la concepción científica actual para ver claramente las similitudes y las diferencias.

Durante milenios, el Oriente ha afirmado y enseñado que la creación es la obra de un *Sonido primigenio*, de la *Voz de un Cantante*, de las notas de un *Músico*. Sin embargo, durante más de tres siglos la ciencia occidental ha permanecido sorda y ciega a esta doctrina, a pesar de la aparición de la Biblia y del Evangelio de San Juan. Desde no hace muchos años la ciencia sostiene que el Universo se generó por medio de una explosión nuclear, lo que se conoce como el *Big Bang (la Gran Explosión)*, e incluso ha aventurado a datar el momento de ese acontecimiento.

⁴ Consultar el documento [Del Número](#).

Es innegable que ambas concepciones tienen algo en común, pero en otros aspectos son claramente opuestas.

Solo un ignorante de la música y la armonía puede equiparar un sonido con una detonación; y hay que admitir que la ciencia, que también estudia la acústica, no puede distinguir entre sonido y ruido, puesto que está perdida en la contemplación y la idolatría de sus parámetros físicos. Que el orden cósmico se genere por azar mediante una explosión es una opinión bárbara, a pesar del manto científico con el que se cubre.

Otra diferencia entre las dos visiones es que se afirma que el *Big Bang* es un acontecimiento del pasado remoto. El Sonido creador vibra continuamente, con la infinidad de sus armónicos.

La explosión inicial fue concebida por la ciencia solo después del descubrimiento y el uso trágico de la energía atómica. Las explosiones atómicas *se obtienen al violar el régimen evolutivo del átomo, es decir, al inyectarle desorden físico*. Presuponer que el Cosmos —un modelo de orden— derive de una explosión es, como mínimo, absurdo. También cabe señalar que la explosión no se rige por el Número. De hecho, un sistema explota precisamente cuando cae en el desorden. *El Número es el poder que lo mantiene unido*.

Esta facultad del Número no es reconocida hoy en día —y sin embargo es su máximo poder—. *El Universo funciona y se mantiene unido en libertad porque es Uno, porque está regido por la Unidad absoluta, porque es una comunión ilimitada de unidades relativas*.

5. LA CONCIENCIA, EL UNO Y EL INFINITO

Afirmar que la conciencia se contrae (como una onda) y se expande (como un rayo) equivale a decir que va del Uno al Infinito para luego volver al Uno, y luego repetir el ciclo en una mayor escala.

Entonces, nos vemos llevados a postular que la conciencia es el proceso que transforma las ondas en rayos, y viceversa, o sea, es la correlación entre el Uno y el Infinito.

La idea es nueva, pero el corazón la reconoce como verdadera. Ayuda a comprender la afinidad entre la conciencia y el Espacio, y la identidad entre la conciencia y la Luz.

Cuando está concentrada, la conciencia es una unidad relativa, personal y planetaria. Cuando está extendida hasta el Infinito, es solar y egóica. Cuando vuelve al Uno, es monádica —y no se sabe cómo denominarla cuando vuelve al segundo Infinito—. Cada conciencia teje, oscilando e irradiando, su red y sus diseños; y se eleva de Luz en Luz.

*

Los Números se entienden como discontinuos; por ejemplo, pasar del mundo del *cuatro* al mundo del *cinco* es una sorpresa, ya que todo cambia, y de repente. Existen diferentes reglas y funciones, pero descienden de las que rigen en el número precedente. En efecto, sin las simetrías abstractas dominantes del *cuatro*, ¿cómo podemos justificar las simetrías concretas del *cinco*?

De ello se deduce que *los Números no solo son discontinuos, sino también continuos*, ya que cada uno desciende del anterior y prepara el siguiente.

Además, esta continuidad también se afirma por el hecho de que no es posible eliminar a uno de ellos de la cadena de su secuencia sin interrumpirla y destruirla. La hipotética eliminación de un único número los aniquila a todos.

En resumen, los Números son discontinuos cuando se los considera aisladamente, continuos cuando se los considera como un todo. Por lo tanto, la conciencia tiene en sí el siguiente dilema: está aislada y, sin embargo, es comunicante; esto depende del grado de concentración o descentralización.

6. ¿CÓMO EXPANDIR LA CONCIENCIA?

Como se ha sugerido, a fin de poder pasar de la conciencia menor a la conciencia mayor, es necesario descentrarla de la persona. El mismo procedimiento se indica cuando se recomienda el desprendimiento. El proceso no es ni rápido ni sencillo, ya que implica invertir el movimiento del péndulo, es decir, lentificarlo hasta que se detenga y luego invertir su dirección de desplazamiento.

Esta dificultad es algo mitigada por la sensación de saciedad, como resultado de la modesta y limitada experiencia personal; esto hace que se pierda el interés por sus acontecimientos y promueva la aspiración a una vida más elevada.

Un primer paso de avance, un primer logro, se produce cuando el estudiante novato se entusiasma con un empeño que juzga de largo alcance, destinado a mejorar la condición de la sociedad humana. Él es consciente de que tiene pocas fuerzas, aun así aporta su contribución; y al hacerlo desvía la atención, en parte, de sí mismo.

En parte, casi oculta, queda la satisfacción personal por lo que logra, que lo mantiene atado al *yo* menor. Sin embargo, este proceso es preferible y positivo, aunque se vea empañado por errores de visión, por mucho partidismo, por un optimismo injustificado. El hecho es que, en lugar de abandonar el *yo* personal, lo exalta; el estudiante se cree importante y merecedor, no sin razón, y queda algo confuso. No ve con claridad lo que tiene delante, aunque es digno de elogio por la seriedad de su compromiso. Sin embargo, esta situación psíquica es transitoria. Si la intención es verdaderamente sincera, sus esfuerzos pronto adquieren el aroma del auténtico Servicio, una energía que purifica los factores personales y reduce el enturbiamiento, y luego lo anula.

*

Un segundo nivel surge cuando la meditación, al inicio algo dura e incierta, en lugar de estar centrada en la propia mejora aporta amor y luz al Espacio. Este paso es decisivo y fundamental. Las actividades implementadas anteriormente pueden continuar, pero pierden la importancia que la persona les otorgaba. El Ser ahora maneja conscientemente su propia región espacial, la purifica, la satura con pensamientos y propósitos, la cultiva con amor.

No es un Espacio definido y limitado, sino que es establecido y especificado por la cualidad del Operador, que lo modela libremente, pero según el principio del Bien común.

En esto consiste la expansión de la conciencia.

Cualquiera puede amar y cuidar su jardín ilimitado, e incluso visitar otros. Un gran hombre no tiene en cuenta su propia grandeza, de la que ni siquiera es consciente; su dignidad crece junto con el progresivo olvido del *yo* menor, pero él permanece inconsciente de ello.

El Infinito se puede conquistar. Nada prohíbe o impide adentrarse en sus regiones, incluso en las más lejanas, ya que en realidad son las más cercanas; y esto también vale para las profundidades y las alturas. Donde no existe la distancia, no hay necesidad de moverse. Donde no existen separaciones, no hay muros ni puertas cerradas.

El *yo* menor, cuando se dedica a empresas de valor general en beneficio de la sociedad humana, siempre está atareado; cuanto más trabaja, más trabajaría, y los días y las semanas le parecen cortos. Todavía no se ha liberado por completo del prejuicio de que la cantidad importa, y confía en el uso de los medios de comunicación rápidos para advertir, ayudar y sacudir a multitudes cada vez mayores. En su trabajo es admirable; busca colaboradores y a veces los encuentra. Consigue formar un pequeño grupo comprometido con una determinada dirección, lo que en parte le libera del trabajo y en parte le agobia por la necesidad de controlar.

Sin tenerlo bien claro, se prepara para el vuelo. El egoísmo del *yo* menor, por necesidad se desvanece y se apaga poco a poco; precisamente está convencido de que está creciendo. De este modo pasa el puente entre lo cerrado —que creía que estaba abierto— y lo realmente abierto, que antes desconocía.

Es una etapa bendita. Estas proposiciones no pretenden criticarla, como podría parecer. Es un pasaje forzoso, un crisol del que brota el fuego iniciático.

Por el contrario, el *Yo* mayor —el Ángel solar— «actúa sin actuar», según la gran, y a menudo incomprensible, lección del *Bhagavad Gita*. Su actividad no se percibe en los cuerpos inferiores, que acaban por apaciguarse y callar. La acción superior no hace eco ahí. Tal es el verdadero significado de ese concepto, tan mal comprendido hoy en día, que todos llaman *paz*; pocos lo saben, y muchos lo malinterpretan a propósito, y con malicia.

La Paz no es inercia, no es descanso, no es imparcialidad, no es equilibrio cuantitativo. Pocos conceptos se encuentran hoy tan deformados en la mentalidad actual. Paz es armonía, sonido unánime e inteligente, acción tranquila y resoluta,

compromiso total, indiferencia. Paz significa la Luz, la más *activa* de las energías manifestadas. Paz es el amor magnético, la más *plácida* de las energías manifestadas.

El Sol es pacífico; pero ¿quién diría eso en la inactividad? *Actúa sin actuar*, esa es su verdad —y el Yo mayor es un Ángel *solar*—. El Servicio, cuando alcanza la verdadera grandeza, no requiere actividades externas, pero tampoco las condena. Estas se iluminan, menguan e incluso se las olvida, pero no pierden vigor. El verdadero Servicio no tiene en cuenta las cantidades, sino siempre y solamente la *irradiación*.

A fin de comprender cómo se expande la conciencia, no hay mejor símbolo, o ejemplo, que el Sol, que cultiva su Espacio sin medir su magnificencia.

*

El título de este párrafo («¿Cómo expandir la conciencia?») presupone esta otra pregunta:

¿Quién es el sujeto que expande la conciencia?

Por diversas razones, uno se queda perplejo antes de responder. No es raro que al tratar un tema se pasen por alto ciertas implicaciones, que no son en absoluto secundarias. Algo semejante ha sucedido al escribir este ensayo sobre la conciencia. De hecho, hemos intentado describir los procesos de su crecimiento, pero hasta ahora hemos omitido al operador.

Es necesario llenar este vacío. ¿Quién es el sujeto que actúa sobre la conciencia para expandirla?

Estamos listos para responder: «El Yo superior».

Entonces, pensamos que la conciencia y el Ego, o el Alma, son una sola entidad. Por consiguiente, el objeto y el sujeto se identifican. Entonces, ¿la conciencia se expande a sí misma?, ¿o hay que pensar en un Ente superior? ¿Y cuál?:

La Mónada.

Acerca de la Mónada se sabe muy poco. Es el verdadero y esencial centro operativo; pero en su mayor parte solo se sabe que existe, que sus impulsos son raros, que el contacto real solo se establece después de la cuarta iniciación. ¡Pero no nos conformamos solamente con esto!

Por otra parte, ¿por qué dejar de estudiarla? Que la Mónada opere en el sentido de expandir la conciencia, no es descabellado. En el curso de este ensayo, hemos recordado la perenne transformación mutua entre la Unidad y el Infinito, entre lo discreto y lo continuo. Retrotrayéndonos a lo dicho anteriormente, ahora comprendemos que ese proceso eterno es el respiro de la Mónada, que es uno e infinito.

Se supone que la autora de los cambios evolutivos de la conciencia sea la Mónada, que se manifiesta cuando la conciencia, hasta entonces centralizada en el yo menor, se desprende de este para expandirse al Espacio infinito.

7. ACERCA DE LA MÓNADA

Como ya se ha dicho, acerca de la Mónada se sabe muy poco, a pesar de que el Maestro Tibetano la menciona más de 600 veces en sus escritos. La recopilación de esas frases, dispersas por muchas páginas, aclararía el asunto. Debido a un respeto temeroso, los estudiantes se abstienen de hablar de esto, convencidos, y con razón, de que su primer deber es reconocer el Alma. Por lo tanto, la Mónada sigue siendo un tema demasiado elevado, y por ahora es solo de interés teórico.

Sin embargo, se dice claramente que la Mónada comienza a hacer sentir su presencia cuando se aproxima la tercera iniciación, para revelarse en la cuarta. La conciencia de un Maestro es monádica; Él ha completado la construcción del puente que conecta, a través del Alma, el devenir con el ser.

El tema de la Mónada se perfila ahora en el horizonte psíquico del Grupo; y todo lo que se diseña en esa línea se refleja en el corazón, que es su centro. Los argumentos de estos ensayos siguen un camino no deliberado por la voluntad personal, sino que es espontáneo, natural, casi inevitable; parece ser una cadena de etapas dispuestas para conducir la conciencia ante la presencia de su Señor.

Esto anima al discípulo a superar la reticencia que le impide mirar hacia el Sol espiritual central. [Aquí afirmamos que la esencia del Número es monádica.](#)

La reciente investigación del valor esencial del Número ha sido un logro notable, de tal manera que ha cambiado la perspectiva general y ha forzado la necesidad de reorganizar. Esta colección de pensamientos no es un fin en sí mismo, sino que parte de una lección que está dirigida a un propósito. No son meros comunicados, ni sugerencias; no son conversaciones sin orden ni propósito.

El Grupo experimenta y vive una situación rara y valiosa; y es necesario estar atento a las señales y a los indicios. El camino se va formando a medida que se camina por él, el camino se hace al andar; al principio era un símbolo, hoy es una realidad.

El *tercer* año del *tercer* septenio (2003) [este ensayo fue escrito en septiembre del 2002] está a la vuelta de la esquina, y ya está influyendo en el camino, no solo desde hoy. Hemos dicho que todo número es ilimitado y rige en el Espacio infinito; si esto es cierto, el tercer septenio ha estado actuando sobre el Grupo desde su fundación, y ahora acentúa su poder. Por su virtud, el Tres revela el programa, aclara la parte del trabajo realizado, indica el futuro.

Es cierto que todos los números actúan tanto sobre el pasado como sobre el futuro de su ciclo; pero el Tres es el director universal de este proceso que activa en los demás números, sin interferir en los campos de estos. De este modo, dispone y controla todos los desarrollos, es decir, todas las empresas.

El magnetismo de su acción se halla también en el micromundo mental de esta investigación que está dedicada a comprender la expansión de la conciencia y que conduce, página tras página, hacia la Mónada, o sea, hacia el Uno. *Liberada de la centralización personal, expandida al máximo, la conciencia vuelve a centrarse en el Uno, con un grado superior de comprensión.*

*

Hace unas semanas, cuando empezamos a escribir estas páginas destinadas a ser comunicadas al Grupo en un futuro próximo, solo conocíamos el tema general, expresado en el título. Repetimos: el tema no fue elegido a propósito, sino que fue aceptado y visto como un eslabón de la cadena que se estaba armando. La parte final, a saber, abordar el asunto de la Mónada, era imprevista. Al llegar al final, nos damos cuenta de que estaba predeterminado. Un procedimiento así enseña muchas cosas.

Enseña a poner las riendas de la mente en manos seguras, a obedecer con prontitud silenciosa a los impulsos que vienen de arriba misteriosamente, en lugar de seguir a los que suben de abajo. Enseña la comunión con lo superior, la docilidad positiva, y aún más.

Como se ha dicho, al comprender que la esencia del Número es monádica, se profundiza en el conocimiento del mundo del ser. Es un logro notable. La investigación ha alcanzado una primera meta, a partir de la cual se contempla una visión más amplia. Ahora el concepto corriente de Número se transfigura de un signo de cantidad a un vector de cualidad, y aún más, a la Ley suprema universal.

Con la ayuda del Número es posible, pues, adentrarse en la esencia de la Mónada, es decir, del Hombre espiritual. Los Números y las Mónadas existen eternamente; están conectados por intrincadas, pero claras y reconocibles, líneas de fuego, cada una de las cuales pulsa con su propio ritmo; otorgan energía vital al Espacio y se nutren de este.

Los Números y las Mónadas son sonidos y luces, rayos y ondas, que se interpenetran en un todo ilimitado y unánime. La vista del firmamento representa bien la realidad de las Mónadas, siempre que lo interpretemos como un trémulo de energía y amor espacial. Ese cielo no es estático, como parece al ojo físico; al contrario, bulle de Vida, que asume todo tipo de formas y se deshace de ellas. Es el manto de la Madre del Mundo.

He aquí una flor con seis pétalos; es blanca; es azul; es fragante. Pero lo que más importa es ese número. Si tiene *seis* pétalos, es porque tal es la naturaleza numérica de su especie, que en el concierto monádico infinito ejecuta el *seis*. Todas las naturalezas afines, múltiplos y submúltiplos, se corresponden con ella, y le responden, dondequiera que estén y cualquiera que sea su especie, sea tan humilde como una flor silvestre o tan compleja e inmensa como una galaxia. En esta flor se repercuten potencias celestes, con todas sus virtudes, puesto que los Números y las Mónadas no tienen límites.

La hermosa flor del ejemplo florece en los espacios controlados por el seis, en un ciclo sexto, o tercero, o duodécimo.

«Tiene seis pétalos», informa el botánico, atento a las sales del suelo, pero totalmente ajeno a las energías del Cielo.

Lo mismo puede decirse de tal o cual cristal, que tiene tres ejes de simetría, es decir, tres antenas que responden a los fuegos del Tres. Y también vale para las formas más superiores y complejas, para las Fórmulas ricas en números asociados, o las síntesis monádicas superiores: animales, hombres, ángeles, planetas, sistemas solares y más allá, hasta llegar a la Mónada absoluta e infinita.

*

Quien contempla esta visión, tan difícil de expresar con palabras, comprende que incluso la separación entre los mundos o las esferas, entre lo concreto y lo sutil, entre lo manifestado y lo inmanifestado, es solo imaginaria, pues la Realidad es una sola.

